

Así viví el Bogotazo

Volteretas. Una historia sobre el Bogotazo

NATALIA GÓMEZ CARVAJAL
SANTIAGO GUEVARA (Ilustración)
El Salmón, Bogotá, 2021, 136 pp., il.

CUANDO SUBO por la calle 11, en la ciudad de Bogotá, un aroma a chocolate espeso, a canela, a clavos y otras especias, a tamales recién preparados, a pan horneado y a almojábanas me golpea desprevenidamente y hace que me detenga frente a un local: La Puerta Falsa. Desde afuera se oye el ruido de los platos, las escaleras de madera crujiendo, la voz de los meseros dictando las órdenes, los cubiertos golpeándose entre sí, las charlas de los comensales y la caja registradora abriéndose.

Todo este hechizo desaparece cuando, de repente, un niño choca conmigo y me dice: “Perdón, señor”, mientras sigue de largo unos cuantos pasos y se detiene. El niño se llama Ciro, el protagonista de esta historia, y viene de otra época, de otro tiempo: tiene pantalones cortos, lleva una maleta al hombro, es de baja estatura, delgado, inteligente, “se le pasa soplando una mecha de pelo negro que se le mete entre los ojos, demasiado corta para quedarse detrás de sus orejas sobresalientes” (p. 9).

Saca de su bolsillo un trompo de madera con líneas rojas y azules. Lo enrolla en la pita, me mira fijamente, se sopla el mechón de pelo negro y lo lanza: el trompo baila unos segundos en el aire, como si durmiera en el vacío, y luego aterriza firmemente en el pavimento, da un par de vueltas y nos transporta a 1948, año en el que transcurre la historia de *Volteretas*.

Volteretas. Una historia sobre el Bogotazo, escrita por Natalia Gómez Carvajal e ilustrada por Santiago Guevara, recrea uno de los momentos de quiebre de nuestro país: la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, desde la mirada de Ciro, quien acaba de cumplir diez años, y su familia (Modesto, un liberal, Marcia y Cumbia, su perrita criolla).

Así como seguimos con nuestros ojos atentos los giros y movimientos del trompo, lo hacemos con la vida cotidiana de Ciro y su familia, construida a través de los fragmentos y retazos

que contienen las entradas del diario. Encontramos momentos dolorosos; otros cargados de humor, como cuando Cumbia despierta a Modesto:

Mira fijamente a su dueño, quien parece dormir imperturbable. Tras esperar unos segundos aguantando la respiración, la perrita se atreve a lamer una mano para despertar a su dueño. Una chancla sale volando de la nada y roza una de las orejas de Cumbia. (p. 35)

Las entradas del diario, la forma narrativa utilizada, son una virtud, ya que permiten conocer los diferentes momentos de la cotidianidad de Ciro: su vida escolar, pasatiempos, fines de semana, la relación con sus padres y los problemas que enfrenta y debe resolver.

La concentración de la narración en estos fragmentos de la vida del protagonista se potencia con el uso de la síntesis y la precisión, logrando así enfocar toda la atención en ellos para que no se pierda ningún detalle importante. Además, transporta al lector hacia otra época, hacia un momento histórico de nuestro país, y que, al recordarlo, le dará, una y otra vez, la oportunidad de (re)vivir estos hechos y de no repetirlos.

Este acercamiento al pasado a partir de la vida del niño le permite al lector ser testigo de una Bogotá borrada por el tiempo, de aquello que ya pasó, como en el poema “Madrugada” de Alejandra Pizarnik: “El viento y la lluvia me borraron / como a un fuego, como a un poema / escrito en un muro”. También reconstruir los pilares de tradiciones que hoy en día ya son inexistentes: tomar un vaso de masato o chicha de un barril proveniente del esfuerzo de un burro; congelar el tiempo con un trípode y una fotoagüita, jugar a las canicas, o las clases en el taller de tipografía en los internados.

El ilustrador Santiago Guevara explota al máximo las imágenes textuales condensadas en cada una de las entradas del diario, gracias a su habilidad y maestría con los colores y la combinación con los trazos. Su ojo agudo y fino no solamente es capaz de recoger la sutileza de lo dicho entre líneas, sino de darle vida propia y revivir un pasado a través de los colores grises, ocres, verde oliva y azules opacos que desfilan ante nuestros ojos.

Vale la pena mencionar que las ilustraciones están realizadas con unos primeros trazos hechos en grafito, seguidos de una capa de acuarela, para continuar con otra de grafito y finaliza con acrílicos. El resultado es un impacto visual en el lector, que queda atrapado desde el primer momento, cuando visualiza la hermosa portada de la obra, hasta su culminación.

Podríamos pensar que estas ilustraciones tienen por único objetivo ejemplificar lo que el texto menciona, pero sería entenderlas de una manera superficial. Su verdadero potencial radica en la libertad expresiva de narrar lo que el texto no puede, y de ahí viene la hermosa simbiosis entre texto e imagen, en la que ninguno de los dos anula o se subordina al otro, sino que se potencian en su propio campo.

Un ejemplo de lo anterior es el 9 de abril, que sería la fecha más importante de todas las entradas del diario y el momento culmen de la narración, cuando texto e imagen bailan al unísono a partir de los acontecimientos catastróficos que empiezan a ocurrir ese día.

Si habíamos comenzado con una narración serena, divertida, y unas imágenes cargadas de color y vida, ahora nos encontramos frente a un texto crudo, triste, acompañado de ilustraciones que utilizan una paleta de colores más oscura y tenebrosa, hasta finalizar en un rojo-naranja, representación del fuego, las llamas, la ira, el odio, la frustración, la locura y la desesperanza en los que han caído las personas y se encuentra sumergida la ciudad de Bogotá, y todo esto provocado por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán.

Esta fecha funesta, el 9 de abril, está narrada desde cinco momentos distintos: las diez de la mañana, la una de la tarde, la 1:45 de la tarde, las cinco de la tarde y las nueve de la noche. Cada uno de estos tiempos va mostrando el desenlace del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán desde diferentes perspectivas: Ciro en el colegio, Marcia y Modesto en La Puerta Falsa, y hasta Cumbia en las calles de Bogotá.

La entrada del diario correspondiente a la 1:45 de la tarde es la que marca el quiebre de la narración y el desencadenamiento de la locura que se apodera de las personas y la ciudad, lo cual queda condensado en la figura de Modesto, el padre de Ciro:

De repente, hasta la puerta llega un hombre de ropas dignas, aunque humildes y desacomodadas; los cabellos lisos y pegados a la cabeza por el sudor, y el rostro desfigurado por la locura. Tiene la mirada de quien está perdido y busca un asidero en la realidad. (p. 89)

Pero es la entrada de las cinco de la tarde la que nos muestra cómo está ardiendo la ciudad de Bogotá. Narrado con un estilo profundo e ilustrado con un desenfado magistral, el viaje que hace Cumbia para reencontrarse con su amo Ciro les permite a la autora y al ilustrador capturar uno de los momentos más álgidos en la historia y presentárselo al lector, como si se tratase de una fotografía:

Los comercios están desocupados, las vitrinas rotas y las puertas desgonzadas. Una elegante mujer cubierta por varias capas de finos abrigos de pieles, ocho sombreros en la cabeza y guantes de seda se le atraviesa en el camino, a paso de garza desconfiada. (p. 98)

Volteretas. Una historia sobre el Bogotazo es una apuesta divertida, interesante y triste, en algunos momentos, que capta la atención de los lectores desde el primer momento y nos muestra una forma de acercarnos a los acontecimientos históricos desde otra perspectiva.

Narrada a partir de la vida cotidiana de Ciro, con una propuesta sólida y de alta calidad tanto en lo literario, como en la ilustración y la edición, esta historia recrea la Bogotá de 1948 antes y después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el acontecimiento que fragmenta en dos la vida de nuestro país, pero también la del personaje principal y su familia. ¿De qué forma? Esto es algo que el lector debe descubrir por su propia cuenta.

Solo puedo adelantarles que la muerte de Gaitán no fue la única que se lloró, ni su último suspiro el único que se escuchó. Y que, si bien el trompo siguió dando volteretas en el asfalto, la vida de muchos, entre ellos la de Ciro, se detuvo entre silencios y preguntas que ni el tiempo resolvió.

Andrés F. Bohórquez Forero